

CGT

Año VI, número 274, pag. 3

Julio 28 de 1939

EL INFIERNO DEL TRABAJO ESTÁNDAR EN LOS FRIGORÍFICOS

Expuesto por José Peter ante el Congreso de la C. G. T.

Tiene una inmensa importancia para los trabajadores de los frigoríficos exponer desde esta tribuna sus problemas y sus aspiraciones. Y esa importancia está en la razón de su trascendencia de este magnífico congreso que todos sentimos como el más grande que haya realizado el proletariado argentino hasta el presente.

Congreso que encuentra a los trabajadores en un proceso vigoroso de engrandecimiento orgánico, congreso que ha de ser, por fuerza, expresión elocuente del desarrollo de la comprensión que hemos alcanzado, congreso realizado en instantes en que cobra cada vez mayor vigor la unificación proletaria, este primer Congreso Ordinario de la Confederación General del Trabajo será motivo del impulso gigantesco para desarrollar orgánica y unitariamente a la clase trabajadora. Y también el problema de los trabajadores de los frigoríficos en que se particulariza mi informe, por resolución del C. C. C., coloca en primer término, en el puesto decisivo, la unidad para darle una salida.

Los trabajadores de la carne, que elaboran una de las riquezas fundamentales del país, los trabajadores de una industria vinculada por una tradición de siglos a la historia de nuestra tierra, sufren sobre sus espaldas el peso de una explotación inhumana, que han capitalizado exclusivamente para ellas el esfuerzo de decenas de generaciones argentinas, junto a empresas riquísimas para quienes no parecen existir ni la crisis ni la depresión ni, por desgracia, las leyes y la Constitución Nacional, decenas de miles de trabajadores que elaboran a costa de su esfuerzo cotidiano, de su salud y a veces de su propia vida esa opulencia, vegetan en una situación inicua solo comparable a la de las parias para quienes no existen ni las leyes ni las más elementales nociones de humanidad.

Esta contradicción terrible entre empresas millonarias y miles y miles de obreros sin lo indispensable para subsistir, no tiene justificativo de ninguna clase. Lo que representa la producción y la industrialización de las carnes para la economía del país es ampliamente conocido. La memorable interpelación de aquél gran demócrata argentino que fuera el doctor Lisandro de la Torre demostró claramente las fantásticas ganancias de las empresas. En el caso práctico de los obreros del frigorífico Municipal de la Capital Federal, prueba cómo es compatible con el desenvolvimiento de la industria, un trato más humano y una mejor remuneración para el personal. Es solamente la avaricia sin límites, el desprecio de los intereses esenciales de la Nación y la burla sistemática de nuestras leyes lo que explica la situación de los trabajadores de los frigoríficos.

No estamos haciendo afirmaciones aventuradas o irresponsables. Estamos hablando de hechos que han merecido, a instancia de los ex diputados Guillermo Korn, Rozas y Pérez Leirós la atención de la Cámara de Diputados de la Nación. Estamos hablando de hechos que han encontrado eco en párrafos vibrantes y elocuentes del senador nacional doctor Alfredo Palacios, en su libro "Dolor argentino". Los trabajadores de los frigoríficos por sus condiciones de vida y de trabajo también entran en las páginas de este libro.

Los salarios de los obreros de la carne son mantenidos muy por debajo del mínimo considerado por el Departamento Nacional del Trabajo como indispensable para el

mantenimiento de una familia obrera. En muchísimos casos no llegan ni siquiera a la mitad de ese mínimo. Quincenas de 35, de 50 pesos son corrientes entre los hombres y quincenas de 22, 25 y 30 entre las mujeres. ¡Es decir: entre 70 y 100 pesos mensuales en los mejores casos para sostener un hogar obrero; cuando no, cuarenta o cincuenta pesos!.

La elocuencia de las cifras es terrible. Basta tomar los sobres de pago quincenales para comprobar a qué punto llega la avaricia y la inhumanidad de las empresas. El trabajador es condenado con semejantes salarios a una existencia de miseria, privaciones y enfermedades. En lugar de hombres dignos y fuertes las empresas quieren fabricar esclavos; pero con mucha menos preocupación e interés por los esclavos que el que tienen por las materias primas y los productos de la industria.

Imposible en estas condiciones que los obreros de los frigoríficos constituyan una amplia capa de consumidores de los productos de nuestra industria nacional y aún de la carne misma que elaboran. Los salarios no alcanzan para nada, y que las empresas extranjeras acumulen beneficios inmensos que, como ríos de oro van a parar sin compensación al extranjero, la industria y el comercio nacional deben ver reducido su volumen. Y los trabajadores amargada su existencia cuando no destruida.

Pero al pago exiguo y miserable se agregan las condiciones terribles de trabajo. En los frigoríficos esto se llama sistema "standard". Sistema estándar es haber logrado en el curso de los doce años, de que data su implantación en los frigoríficos del país, reemplazar el trabajo de tres obreros por el de dos, e, infinidades de veces, el trabajo de dos por el de uno sólo. Trabajo estándar es el que sustituye la mano de obra del hombre por la de la mujer y del menor considerablemente más barata, considerablemente más dóciles y considerablemente también más sensible a las terribles consecuencias del sistema de trabajo que impera en los frigoríficos. Sistema estándar es haber engañado durante doce años con supuestos "premios" o bonificaciones extras que sirvieron para estimular la producción de cada obrero al máximo posible, luego, nivelar en ese máximo el rendimiento de cada trabajador, anulando poco a poco los "premios" o bonificaciones y obligando a realizar permanentemente una tarea que antes sólo ocasionalmente llegaba a realizarse tras un gran esfuerzo. Sistema estándar es ese ritmo intenso y brutal del trabajo que convierte al trabajador en mucho menos que una máquina, se le da descanso, se la aceita, se la cuida y se la repara mientras que para el obrero sólo quedan la desocupación y las enfermedades cuando el estándar en unos cuantos años le ha extraído la última gota de energía y le ha arruinado por completo la salud. Sistema estándar es haber logrado que el trabajador pierda hasta la facultad de pensar. No poder leer sino con mucho esfuerzo. Perder el interés por la vida. No desear ni siquiera ir al cine o de paseo. Esperar con angustia horrible la hora del trabajo. Mendigar la hora del pago. Perder la posibilidad de dormir porque el ritmo bárbaro del estándar se apodera de los nervios, no permite conciliar el sueño ni descansar. El obrero se convierte pronto en una sombra de sí mismo. Tuberculosis, reumatismo, insomnio, ruina mental, el cuadro permanente de la miseria y la impotencia, el conventillo, los hijos con hambre, la compañera tísica. ¡ He ahí lo que significa el sistema "standard" camaradas!

Los trabajadores ocupados en la industria quizás más rica del país habitan en conventillos, miserables pocilgas de lata a que los condena la explotación. Aquí tengo para poner en manos de los camaradas congresales una serie de fotografías que son otras tantas pruebas, otras tantas acusaciones que hacemos; fotografías que muestran de una manera elocuente diversos aspectos de la vida de estos sufrido trabajadores, y entre estas fotografías tengo algunas de esos conventillos que acabo de mencionar. Son verdaderos grandes cajones de madera y cinc. Allí viven hacinados muchos, muchísimos obreros de los

frigoríficos. La vida allí es terrible. No se puede dormir en verano por el calor, los mosquitos y las chinches y por el cruel frío en invierno. Allí el insomnio hace fácil presa del obrero. ¿Cómo conciliar el sueño en esos infiernos? en la pieza de al lado se siente al compañero que tose, en otra al niño que llora y así ruido de despertadores, de calentadores, pasos que suben o bajan las escaleras. Y allí, camaradas delegados, crecen nuestros niños, los hijos de estos parias que así se les castiga por haber cometido el delito de acumular oro para sus explotadores a costa del sacrificio de sus vidas.

Y cuando el salario del marido o del padre no alcanza ni siquiera para seguir vegetando, debe la mujer o el hijo intercalarse en el engranaje inexorable del estándar. La mujer a deformarse físicamente, a poner en peligro la existencia y la salud de sus futuros hijos, a transformarse, pese a su condición de mujer, en una piltrafa humana para que vaya más oro, siempre más oro, al extranjero. El niño a sufrir, en pleno desarrollo, la influencia devastadora del estándar que a temprana edad lo dejará inutilizado e incapacitado para todo trabajo útil y para toda existencia digna. Todo eso a pesar de existir una ley de protección a las mujeres y a los menores. Así los hombres en el trabajo son lentamente desplazados y rebajado su nivel de salarios y condiciones, con mano de obra barata y fácilmente manejable.

De nada vale en los frigoríficos haberse pasado años y años acumulando ganancias para las empresas. En algunos casos y concretamente en el frigorífico Anglo, cuando el obrero declina se lo saca de su puesto efectivo y se lo envía a la "Comisión de Enganche". Como premio a la explotación de que ha sido víctima lo someten a la más cruel humillación abofeteando su propia dignidad. El solo hecho de pasar a esa mil veces maldita "Comisión de Enganche" equivale automáticamente a perder la condición de efectivo para convertirse en simple changador, y aquí comienza la verdadera vía crucis. Todas las mañanas debe presentarse para mendigar una changa y cuando la consigue, debe realizar las tareas más dispares sin ningún orden ni plan. Un día hace una tarea y otro día otra. Hoy trabaja en el "guano" con una temperatura tropical y una atmósfera pestilente y asfixiante. Mañana será enviado a una cámara fría donde reina una temperatura polar. Así hasta que se agota. Luego de catorce y hasta veinte años de trabajo en la empresa se le obliga a irse con menos consideraciones que a las reses que llegan a la playa. No lo despiden, le obligan a irse solo y así pierde todo derecho a reclamo e indemnización.

No hay seguridad alguna de trabajo. Hay que levantarse, no importa que sea mujer u hombre, a las cuatro de la mañana, para estar a las seis en la puerta del frigorífico; pero muchas veces hay que volverse a casa porque no hay trabajo ese día. Sin embargo nadie paga el obrero el tiempo perdido ni el sacrificio realizado, así sea en el invierno más crudo. A veces, como por lástima, se trabaja una o dos horas. Pero el salario que se paga por ellas no recompensa ni siquiera los gastos del viaje y la yerba del mate. El interés del obrero no cuenta para nada aunque las leyes establezcan la igualdad de trato para las partes. Aquí una sola, el obrero, carga con las pérdidas y sacrificios.

La organización es perseguida tenazmente por las empresas. Aunque la Constitución nacional establezca el derecho de asociarse con fines útiles, las empresas extranjeras impiden, con medios coercitivos y de espionaje, la asociación de los trabajadores para defender sus derechos. La Constitución para estas empresas vale menos que una tira de papel. Se tiene organizada dentro de los lugares de trabajo una vigilancia interna perfecta. Los serenos offician de celadores. Existe en muchos casos un perfecto servicio de espionaje que vigila la menor conversación o la menor actitud del personal. En muchos casos los obreros se ven sometidos a un riguroso estado de sitio, pues, se les prohíbe hasta hablar. El

que protesta, el que pide aquello de que le dan derecho las leyes o la Constitución, el que es reo del grave delito de asociarse al Sindicato, es despedido sin consideración de ninguna especie y vejado en todas las formas, cuando no señalado como un ente peligroso.

Desde esta alta tribuna yo pregunto a los camaradas presentes, yo pregunto al pueblo y a la prensa sana del país, yo pregunto a los poderes públicos nacionales, si es tolerable la persistencia de esta bochornosa y denigrante situación al margen de la Constitución y de la leyes, al margen de los intereses del país y de la tradición nacional demócrata, al margen de la noción más superficial de la humanidad.

Yo pregunto, ¿cómo puede un obrero o una obrera de los frigoríficos llegar a tener hijos sanos hijos que puedan constituir una esperanza para el futuro del país, si físicamente los incapacita el sistema estándar y si, económicamente, el estándar les da una paga miserable e insuficiente para criarlos?

Podría quizás creerse que la industria no prospera o que las ganancias de las empresas son reducidas. Ya he mencionado la intervención de Lisandro de la Torre en tal sentido. Y ahora, perdonen los camaradas delegados si les distraigo con algunas cifras que demuestran de alguna manera terminante, el progreso de la industria de la carne en contradicción con las condiciones de los obreros.

Desde el primer tercio de siglo XVI se introdujeron en el país los primeros reducidos grupos de ganado que luego se convirtieron en cimarrones y luego se multiplicaron de una manera fantástica. Hoy tenemos en el país alrededor de 70 millones de vacas y ovejas, según las cifras dadas por el diputado Nicolás Repetto en la C. de diputados. Pocos años después de la fundación de la Ciudad de Buenos Aires, nuestro puerto comienza a exportar cueros, sebo y crines. El descubrimiento de un procedimiento para conservar los cueros, los convierte en una mercancía exportable de gran importancia. Podemos decir que es a favor de esas exportaciones ganaderas que comienza el gran desarrollo económico del país argentino. Los barcos contrabandistas que llegaban a nuestras playas no venían ya en busca de oro y plata de las minas potosinas, sino de los nobles productos ganaderos. Y esto significó un enorme progreso.

La vaquería primero y las estancias más tarde han sido la base de la organización ganadera en el campo.

En el mes de septiembre de 1882 se instala el primer frigorífico en Campana llamado The River Plate Meat Co. Ltd. Hoy tenemos quince modernos frigoríficos en actividad en el país distribuidos así: cinco en la Patagonia, cuatro en Avellaneda, dos en Berisso, uno en Zárate, uno en Rosario y dos más en Entre Ríos. Tenemos además tres paralizados: uno en Zárate, uno en Campana y otro en Las Palmas.

Y llegamos durante el año 1937 a las siguientes exportaciones: \$12.118.645 argentinos en ganado de pie \$ 312.322.532 en carne congelada, chilled beef y otros productos.

En 1938, por igual renglón tenemos los siguientes: animales de pie: 13.985.431. Carne: 317.567.548.

Esto demuestra que nuestros patrones son muy ricos y muy bien pueden asegurarnos mejor salario y condiciones más humanas de trabajo.

Las empresas frigoríficas que siempre encuentran demasiado pequeño el rendimiento del trabajo y demasiado alto los salarios que pagan, no solamente recurren a la mano de obra de la mujer y el menor para pagar menos. Ocupan gran cantidad de obreros extranjeros, perfectamente aptos para las tareas de campo, los que, por desconocimiento del país y del idioma aceptan fácilmente cualquier cosa y así aparecen rebajados los salarios e

inferiorizando las condiciones de trabajo. Esto crea una odiosa división artificial entre trabajadores extranjeros y nativos. Así se pretende de paso desarrollar el chauvinismo del obrero nativo con el único propósito de mantener desunidos a los obreros. Y así se perjudica enormemente al país restando a la agricultura brazos aptos. Es que aquí se unifica el interés de las empresas al interés de sus mejores proveedores de carne, los grandes latifundistas opuestos a toda política de colonización efectiva del país, y, por ende, opuestos al progreso mismo de la Nación.

En todos los terrenos la posición de las empresas, aparece en contradicción con las necesidades de nuestra tierra. En todas partes aparece usufructuando la riqueza nacional sin otro título que poseer mucho dinero para pagar abogados, mentores y puestos. Muy otra es por cierto la posición de los trabajadores. Una prueba hace al caso: La Federación Obrera de la Industria de la Carne ha recibido un voto de aplauso por unanimidad en el reciente congreso de las asociaciones rurales; porque nuestra entidad está por la independencia económica del país y sus industrias, especialmente la ganadería.

El país todo debe impedir que se continúe impunemente perjudicando sus intereses fundamentales. Poblaciones como Las Palmas, Campana y Zárate, han visto distribuido su comercio porque los frigoríficos con el estándar han arruinado en ellas la industria de la carne. Las Palmas, un pequeño pueblo floreciente y progresista, un pueblo todo de trabajadores, que tendría alrededor de 10.000 habitantes en 1923, hoy solo tiene tres o cuatro familias, sus casas totalmente destruidas y los escombros cubiertos de maleza. Buena parte de la ciudad de Zárate sufre las mismas consecuencias. Igualmente Campana. Muchas familias obreras volcaron un día en estas localidades todos sus ahorros para la compra de un terrenito y de una casa; pero luego, ante el cierre de los frigoríficos, debieron quedar con los brazos cruzados. Y estas también son las consecuencias del estándar, porque para aplicarlo con la intensidad brutal que el mismo exige, necesitan una instalación especial, diríamos mejor, una máquina moderna, que engrane en sus propios engranajes, la vida de los obreros.

La Federación Obrera de la Industria de la Carne, que viene bregando incansablemente por mejorar la situación de los obreros de la industria, se halla adherida a la Confederación General del Trabajo desde antes de la realización del congreso constituyente. Diversos motivos han contribuido al estancamiento de esa organización; pero el hecho de pertenecer a la Confederación General del Trabajo, podemos decirlo con orgullo de clase, ha afirmado la confianza de los obreros en la organización, ha impuesto un cierto respeto por parte de las empresas hacia los trabajadores de los frigoríficos y ha atenuado también en alguna medida, su explotación.

Para los trabajadores de los frigoríficos, constituye una alta esperanza este congreso. Esperamos la aprobación, por aclamación, de la resolución que propone el C. C. C., que signifique una amplia solidaridad de la clase obrera, de todas las organizaciones sindicales para poner término a las condiciones inhumanas que impera para los trabajadores de la industria de la Carne. Y no solamente aspiramos a obtener la solidaridad de todo el proletariado, sino que deseamos que las aspiraciones de los obreros de los frigoríficos, encuentren un eco también en todos los sectores.

Los hombres que cotidianamente realizamos el trabajo de hormigas que fortifica y engrandece la organización, no encaramos todo esto con un criterio mezquino o restringido. Muy por el contrario lo hacemos con espíritu amplio y generoso. Porque sabemos que es la solución correcta y aspiramos a que la solución de los problemas de los trabajadores de la carne coincida, sea paralela a soluciones que impliquen una mayor animación para la

solución nacional y una mayor independencia económica de la Nación. Aspiramos a que se unan a nuestra lucha no solamente las organizaciones hermanas del proletariado, sino todos aquellos que aspiran a una Argentina progresista y feliz. Pronto haremos llegar un memorial a los poderes públicos de la Nación y a los de las provincias de Santa Fe y Buenos Aires, exponiendo la verdadera situación de los trabajadores de la Carne y pidiendo el cumplimiento estricto de las leyes de trabajo y reclamando otras mejores.

Además de la clase obrera toda del país, la opinión pública, la prensa, han de rodearnos. Llegaremos así a la comprensión de las autoridades nacionales.

Tenemos la seguridad que nuestro llamado no caerá en el vacío y que nuestro legítimo esfuerzo, se agregará al esfuerzo unido de todos para que se ponga término a la situación inicua y bochornosa en que se hallan los obreros de los frigoríficos y que así camaradas se contribuya, con la eliminación de la bárbara explotación, al mayor progreso y a la mayor independencia de la Nación elevando las condiciones de vida y de trabajo de estos obreros para hacer de ellos hombres y mujeres fuertes moral y físicamente.

CGT

Año VI, número 285, pag. 1

Octubre 13 de 1939

PELIGROSAS PERSPECTIVAS

Terribles días se precipitan sobre la clase trabajadora. Venía ya sufriendo de una carestía endémica de la vida, para cuya superación era necesario recurrir a los extremos penosos de la huelga, por cuanto el patronaje, encastillado en el viejo absurdo económico de que el lucro de sus negocios se nutre principalmente de la reducción de los salarios, sólo reacciona al castigo de la paralización del trabajo, recurso al que los obreros no apelan sino después de agotados infructuosamente todos los medios conciliatorios.

Pero como así es reacio para entender la imposibilidad de mantener los salarios en un nivel inferior al costo de la vida de los asalariados, es apresurado para elevar los precios de las mercancías sobre su línea racional a la menor coyuntura que le presenta favorable para ejecutar esta extorsión. De este modo, la primera noticia de la iniciación de las operaciones bélicas en Europa bastó para poner en evidencia, por la subida inmediata de los precios, que tanto los industriales como los comerciantes tenían preparado el asalto a los consumidores, entre los cuales es la clase obrera la víctima más indefensa.

Ya no será ésta castigada sólo en lo que respecta a la elevación inmoderada de los precios de las cosas necesarias a su vida, que significa la automática reducción de los salarios, lo será también de inmediato por la desocupación consecuente con la limitación deliberada de las actividades productivas, procedimiento al que recurren los industriales, no tanto para prevenir adversas contingencias del mercado, como para provocar por escasez el alza del precio de los artículos ya producidos. Logrando de esta manera dos objetivos de especulación: por un lado, la valorización artificial de los productos, y por el otro, el envilecimiento de los salarios, que se traducen ambos en exasperación e insolvencia para la clase trabajadora.

Ante estos arteros procedimientos, los poderes públicos no pueden quedar indiferentes, y de ellos esperan las masas populares así sacrificadas medidas salvadoras, carácter que de ningún modo tiene las tomadas hasta hoy. Sin desconocer la sinceridad de los esfuerzos que para mantener los precios de las subsistencias al nivel de principios de agosto hacen las juntas designadas a este efecto, el indudable que el escepticismo cunde en la masa consumidora que vive de su trabajo. Aun cuando lograsen su objeto, cosa dudosa, pues a sus dictados escapa la zona donde se origina el mal que se pretende corregir, ello no sería otra cosa que la consagración de un plano de vida considerado insostenible, por cuanto los precios anteriores al mes de agosto son desproporcionalmente elevados en relación a los salarios vigentes. ¿Qué será dentro de poco, cuando esos menguados salarios sufran nuevas reducciones al embate de la desocupación?

Más profundamente deberá cavar el gobierno en el terreno de la economía del Estado para preservar a la población del país de los estragos a que la tienen abocada quienes, por su colocación en las finanzas, en la industria y en el comercio, disponen de su suerte.

Estos grupos están dispuestos a sacar de la crisis europea todo el provecho posible. Ello es fatal. Pero no lo es que por su afán de lucro extiendan también sus garras sobre el trabajo nacional, extorsionando al mercado interno y rebajando sueldos y salarios.

Esto ya sucedió en la pasada guerra, en cuyos comienzos muchos levantaron grandes fortunas mientras la pobreza se expandió por el país. Luego esas fortunas siguieron acrecentándose y si la clase obrera, a costa de intensas luchas, consiguió elevar los salarios, ello fue sólo en forma nominal, pues la carestía piramidal de la vida, obra de los afortunados especuladores, no le permitió trasponer los límites de la miseria en medio de la riqueza insolente de éstos.

Debemos aleccionarnos en esta experiencia. País pródigo el nuestro en productos indispensables, grandemente solicitado por las poderosas naciones en guerra, deberán romperse las trabas artificiales que hoy limitan su producción para valorizarla en forma anormal en perjuicio del consumo. En el respeto a la más amplia libertad de producción residirá la máxima extensión del beneficio a todas las capas sociales, del cual son los salarios la expresión concreta. Ningún pueblo es realmente rico, aunque cobije muchos acaudalados, si en él reinan salarios miserables.

La clase trabajadora deposita grandes esperanzas en la inspiración de los gobernantes en este sentido, y les prestará una justificada colaboración, tanto en su resistencia a tolera los precios exorbitantes en las subsistencias como a admitir la reducción especulativa de los salarios.

El estándar de vida de la clase obrera argentina es ya uno de los más bajos del mundo, y no debe permitirse que siga decayendo, por obra de un capitalismo sórdido que prepara de este modo astuto el terreno de la producción nacional, para ser de ella el exclusivo beneficiario en la singular oportunidad.

